

HOMENAJE A UNA JOVEN BRUJA

A Rita Renoir, que escribe con su cuerpo un nuevo Meme, Meme, Fata!, Upharos; a Guido Crepax, padre inconfundible de Valentina; a los erizos, animalitos insoportables; a Heinz von Cramer, interresor involuntario.

A lo mejor la culpa de todo esto la tiene Heinz von Cramer, de alguna manera hay que apresar el erizo del ovillo y tirar de la punta, si volviendo hebra línea su elasticidad encañada aunque el erizo se obstine en defender una redonda oscura inocencia con el alfilerito de sus pinchos, aunque el ovillo, erizo de cajones y armarios, haga lo imposible contra ese lento desentrañar que lo convierte poco a poco en cierre de paquetes, en tanta triste atadura doméstica o postal. Y también Rita Renoir y Valentina, hay esa hora que materiales heterogéneos para la sagaz inteligencia se aglutinan en otra región de lo viviente, atrayéndose desde vertiginosas operaciones subliminales, recuerdos y reflejos y vivencias, la saga de un día apurado hasta el filo, y aunque la razón alce frente a la escritura su más extrema contienda, hay eso que ahora soy yo, una convergencia hacia otra cita allí donde la escritura misma está como buscando que se le emplee para algo más que asentir o disentir o denegar: qué otra cosa será la poesía sino esa deserción de los usos de la ciudad, y precisamente entonces el ovillo donde tanto acontece se aglutina y al en la limbo del desecho y el olvido, Rita Renoir, un viaje en auto por Auvèrnia y Dordogna, la casa de Heinz von Cramer en el Trastevere, las aventuras de Valentina dibujadas por Guido Crepax, lo razonablemente desemejante y alógico, mujeres y carreteras y músicos pop, en una hora cualquiera (esta noche, ahora, las once y veinte, en un departamento de la rue de l'Épéron en París) instantáneamente ovillo que es erizo, la imagen del ovillo que habrá que desenrutar para que primero Rita Renoir y

después la casa de Heinz y Suzanne en el Trastevere, o al revés pero en todo caso una diacronía, pentagrama de esa notación, de un ritmo en que aquí Valentina y allí Heinz viniendo desde la imagen del ovillo visto como un erizo, ahora se sabe también que los erizos son una de las razones de escribir esto porque nada pudo ser peor en ese viaje por Auvèrnia y Dordogna que el encontrando cinco, seis veces por día, en la carretera, un empujamiento de un erizo muerto en la carretera. Seres afables de nariz oscura y costumbres pastorales, mucho había pensado en ellos antes de ver a Rita Renoir en el Théâtre de Plaisance, en parte por un artículo en un diario de París donde se denunciaba sin esperanza, como se denuncia la corteza de un árbol, la radiactividad de las aguas, su implacable exterminación en las carreteras francesas, y me había conmovido irónicamente un pasaje en el que el zoólogo anónimo y deprimido se abandonaba a un antropocentrismo tan explicable para mí, al punto de imaginarlos capaces de un razonamiento por lo demás erróneo, de aver acarsarse los pinchos del auto en plena noche y ceder a la funesta idea (sic) de que ovillarse y sacar los pinchos bastaría para defenderlos de la luz rugiente, de la cosa inexplicable; y leerlo era ya tristísimo pero cómo no exasperarse al comprobar sobre el terreno que todos los erizos tenían la misma idea funesta, que amistosamente cruzaban la carretera en plena noche para buscar bichos, humedad y compañeros al otro lado, y que pudiendo salvarse con una rápida carrera se ovillaban con todos sus pinchos radiando una inocente amenaza para quedar deshechos y desleados, la masa roja y negra que cada tantos kilómetros repitió su pesadilla recurrente a lo largo de un viaje de diez días.

Por eso están ahora aquí aunque anaque, cuando vine a esta máquina de escribir y todo era Rita Renoir, los erizos se habían quedado atrás con tanto valle, tanto río y tanta piedra romántica o barroca, entonces sé que apareció la imagen de Valentina entre dos flashes de lo

que había visto la noche antes en el Théâtre de Plaisance, y que por culpa de Valentina me acordé de Heinz von Cramer o recíprocamente, y la rápida descarga de tanta contenta desde tiempos diferentes me puso en el duplo tropo del ovillo que en la misma operación era obviamente erizo, la bola de obstinados pinchos que hay que levantar suavemente del suelo pasándole la mano bajo la barriga, el erizo tiembla pero sigue plaza fuerte, insensata ciudadela que el sitiador sonriente alza por la parte más indefensa, el tibio viento rosado palpita como si todo el erizo fuera un corazón latiendo en esa mano que sin hacerle daño lo guarda un momento mientras lo miramos, descubrimos el hondo puntiagudo, el carbón de los ojos, el pequeño hocio erizo desvalido e incommunicable, antes de acariciarle despacio los pinchos que se doblan sin herir y devolverlo al musgo, a los helechos, a su patria escondida y fragante donde lo esperan el olvido y el sueño; empezar a escribir desde tantas interrupciones del recuerdo era otra vez erizo ovillo, tratar de entender si primero Rita Renoir o Heinz von Cramer, si Valentina antes de la noche en el Théâtre de Plaisance o lo contrario, si después Valentina sé que tanto al ovillo su obstinada simultaneidad opaca sin apartarlo en plena noche con un envión de indiferencia o otro whisky; buscar, elegir una larga fauna necesaria pero antes o después y sobre todo ella y por ella, Rita Renoir, corazón del erizo ovillo, costara lo que costara.

Heinz, entonces, una manera de empezar porque hace ya casi un año que volví a encontrarlo a él y a Suzanne en su departamento acurrucado entre las viviendas cosas que más allá de la Isola Tiberina comparten un musgoso anacronismo de callejones bajados de patos y tachos de basuro, subís por los pedlaños siempre dispuestos a desmicrarse a base de ángulos insólitos, llegas a la caverna de All Babá, solamente que en vez de los ladrones están *The Mothers of Invention* y otros treinta y nueve grupos pop turnándose en el pickup, sin hablar del entero repertorio de la ópera italiana y alemana, en un clima de reposteras rellenas de poliestireno que invitan a arrollarse, acostarse, enamorarse, dormirse y sobre todo o acaso después de todo a escuchar la música bajo una luz predominantemente naranja que sale de ángulos y nichos donde libros y revistas y fotografías, saturación de predilecciones a la vez fotográficas y definidas, un cruzarse interminable de Gaudi con Bob Dylan, de Valentina con Kundry, de Aubrey Beardsley con Mondrian, de Turandot con Barbarella y con Snoopy, que en un poster imperecedero alata como cualquiera de nosotros, como Heinz en el guión de su nueva película o lo que en París (ya de mañana, ya domingo, un poco más lejos de los erizos muertos en la ruta de Limoges), Snoopy escritor reflexionando ante el r-lacado después de la primera frase de su novela fra una noche baía e impetuosa. Oh inocencia perdida, sí, otra vez erizos capaces de empezar así una novela para tuéramos, para seres como el pájaro Woodstock, lector siempre maravillado de las incipientes obras completas de Snoopy, pero justamente Rita Renoir, el precadimonismo que me trae a estas páginas que no pagan empezar jamás desde una noche oscura y tempestuosa, somos los de después de la falta, Heinz y Valentina y Suzanne y yo, entonces marujan a veces y siempre luces naranjas, Simon & Garfunkel, civilización teleordenada.

Horreur de ma béatitude, citación necesaria antes de descubrir gracias a Heinz von Cramer, la prueba es el desgarrado por mis hábitos, por mi literatura empujada en privilegios desconchados y marchitos, defendiendo una escala de valores a golpes de costumbre. Pero sí, Valentina bonita, Valentina todo musgo y senos, claro que ha sido en broma y que no te pongo en el estante de Emma Bovary y ni siquiera en el de Scarlett O'Hara, la prueba es que el mismo Heinz te guarda en una sección especial de su laboratorio bibliotecario con tanta otra dibujada heroína, con Phoebe Zeit-Geist, con Barbarella, yo ambulaba vaso en mano entre luces naranjas y música de John Lennon: vi tu espalda, como de álbum, no entendí nada y me obsité en leer lo que quien lee y no como quien

sueña mientras mira o proyecta un sueño en las pantallas sucesivas de las plásmas, fue necesario que Heinz me explicara Valentina, trajera a Phoebe, a las otras, alineara precursores y filiaciones. Había encontrado al shamán de un arte falsete público, las tiras cómicas leídas por millones entre dos telegramas y dos cotizaciones pero que ordenadas y bellamente impresas en volúmenes nacían a su verdadera vida, en todo caso Valentina sé desde la primera página como un ejercicio difícil para alguien que frente al arte de Guido Crepax era Snoopy ante su novela, el erizo ante los faros del auto, y Heinz lo sintió y a su manera zen me fue dando las primeras claves, posarse en los dibujos como un Lem, como quien acaricia una ofrenda estática, no insistir en los ojos o un tacto y un olor, potencial sin ironía, irónicamente —es difícil— la inandancia de los sucesos, el sadoerotismo subyacente en una trama de complicitadísima inocencia, ser otro, optarse otro para Valentina, eso que ahora quisiera ser yo después de Rita Renoir, erizo inocente, Snoopy en su novela, y todo eso sin perder lo propio, precediendo y sucediendo simultáneamente a Adán, ahí te quiero ver, muchacho.

Anteanoche la barraca vetusta del Théâtre de Plaisance, *Le Diabli*, mimodrama (que cada cosa tenga un nombre, señor) de Rita Renoir, que nunca le llamé mimodrama y de hecho no le dio nombre alguno puesto que todo sucede ahí como una especie de después que fuera un antes (ya se habló de preadimonismo, que cada cosa tenga un nombre, señor); no me gusta describir, entre otras razones porque no sé, me sale frío y de contrapelo, preferir que la primera palabra esté ya centrada, cosa ocurriendo, una de tantas ilusiones de escritor pero actual y actuante, máxima aproximación sin decoro previo: con Rita Renoir no se puede, hay que operar sobre distintos planos, yo el que lleque y estuve y ahora los que llegan por mí, imposible *Le Diabli* sin saber de Rita, sin doblarla con palabras, sus años de strip-tiseuse, los turistas y los mirones, uno de tantos desentusos que

dicen París en bronce y musgo como las canciones de Ferré en esquinas de madrugada y sombras de muertos, como la voz de Barbara desde el desdén y la nostalgia y la de Catherine Sauvage al borde de una cama o una bandera de ironías así Rita Renoir compró y vendió en París de agonizante hermosura hasta el hastío que la salvó de seguir siendo la estatua de sí misma. Tan justo, tan premonitory que sin haberla visto nunca en persona yo la admirara por razones intelectuales; dónde estará esa revista y cómo se llamará, cinco o seis fotos de una deliciosa ironía firmadas Rita Renoir, sentir como un aviso, decirse pero entonces esta mujer, este objeto de consumo de Lido y Crazy Horse, descubrir en las fotos la primera rebelión abierta, un latigazo de pantera a tanto público que pagó por ella y la aplaudió despreciándola. Me acuerdo de dos: *Una pesadilla de Proust*, en la que Marcel busca desesperadamente una salida en un patio de altas paredes, acorralado por cinco o seis muchachas desnudas, y *El entierro de Sade*, una cripta en la que avanzan las portadoras del ataúd del marqués como negros penitentes encapuchados, los ropajes descubriendo solamente las blanquitas nalgas de tanto delirio de calabozo, de las incalculables repeticiones entomológicas, la mecánica del placer en la tortura.

Hay entonces diferentes planos, yo anteayer en el Théâtre de Plaisance y ahora aquí diciéndolo, los que van a acercarse por una vía de palabras, y sobre todo lo más difícil de abarcar una doble corriente que va de la escena al público y de éste a aquella; interresor ambiguo, sé que me sentí esa noche como el recipiente de otro contenido, de otra lectura de eso que ocurría sin palabras en un tablado donde todo estaba desnudo, Rita Renoir y las penumbrosas y el piso y el supuesto cielo que colcaba el como súbito de la demencia; junto a mí, detrás, la marisma perdedora de una plaza poblada por risas, susurros, otras lecturas, otras versiones posibles. Interresor ambiguo porque vanidosamente creo que esa noche tuve contacto, que mi lectura fue una vivencia piel a piel, pero cómo saber si el relator de tantas ficciones no se dejó poseer por una más, así como Rita Renoir se dejaba poseer por un demonio que pocos alcanzaban a concretar, sobrepasados por un espectador que los escupía a lo peor de sí mismos, a eso que inobablemente murmuraba y reía en la sombra mientras en mí garganta se cerraba un dogal de garrote, inventándose un vitupio como en la escena Rita Renoir inventaba la ceremonia que en su hora lealó al éxtasis o a la hoguera a tantas inventoras de una horrible, exaltante realidad harto más cierta y tangible para ellas que el pan nuestro de cada día. En lo ambiguo, en lo relativo, en una luz de teatro me estoy moviendo y no soy más de fiar que Guido Crepax cuando deja para Valentina a sus sagas entre vividas y soñadas; digo solamente que una música prepara ese pasaje y entonces Rita Renoir avanza hacia el círculo de luz cárdena, admirablemente envuelta en un ropaje negro, la cabeza y la cara cubiertas por un capuchón hinchado y grotesco que hace pensar en ahorcamientos o pasaje de comedia del arte. Sólo sus pies, el nacimiento de las pantorillas dicen de su juventud y su sexo, el resto un viento negro traza los encantamientos, una voz mecánica y aguda declina la nomenclatura de las potencias de la noche.

Si no se es como el funcionario sentado delante de mí o la señora que derrama sus muslos desde la butaca contigua, la paulatina presencia del diablo va a surgir de cada movimiento de la figura encapuchada, de un silencio sólo roto por un hipo histérico, un breve quejido, espasmo de espera y de terror donde empolla el roc del deseo, llegará ese momento en que la joven bruja girará como un tirabuzón derrochivo y entre los paños conturridos con la tiniebla del telón de fondo asomarán en un relampago las piernas hasta lo más alto, el instantáneo verse y ocultarse del sexo; también él lo sabe y se aproxima invisible salvo para la que bruscamente paralizada le da la espalda, quiere huir y quedarse en un balanceo insoportable, un jadear de anticipación y de repulsa, hasta que el estrechamiento desde la raíz hace enroscándose a la copa del árbol y hace caer la capucha, desam-

ta como un fanal y un signo la cabellera rubia de la bruja, su rostro vuelve hacia lo alto como siguiendo los últimos pedlaños de un descenso insoportablemente lento, la tortura de la espera y el consentimiento. Todo cambia en el escenario donde una luz de pesadilla, sin fuente visible, instala la presencia convocada y temida, el rechazo y la súplica; bruscamente se tiembla la burla suprema, el juego cruel del que avanza paso a paso en viva a saber que forma o vestidura, ultracómicamente abominable por una invisibilidad que sólo transgreden los ojos desorbitados de la joven bruja que siente llegada la hora. También así, en algunas secuencias de Valentina, los cortes del dibujo, el sólo entoque de sus pupilas didácticas por el miedo o una mano que se crispas, una almohada permiten reconocer el avance de lo in-nominable que será mantis religiosa gigantesca o legión de lesbianas fustigadoras que desnudarán a Valentina hasta donde lo permiten las leyes italianas; pero otra ley ha instaurado Rita Renoir en el Théâtre de Plaisance, como un aullido de desdén que doblará la tina de un vaso y un cuerpo sin censura, sin cesura, se inscribirá contra el telón de la tiniebla. Inmóvil, jadeando una sed de admisión y reconocimiento, por un instante erizo que en la menuda paz de su noche de insectos y fragancias ve surgir el rayo rugiente que dilocsa su manera de sentir y de situarse; se obliga a la última defensa en los más hondos de su cuerpo, replegándose, defendiendo apenas los senos con manos que se tienden consentiendo, la joven bruja avanza hacia su amo; aquí se instala lo indescribible, aquí mi mano tantea en un teclado convencional para decidir lo que los dedos de la bruja harán sin ni menor tanteo, curvándose el gesto de recibir el homenaje fálico, vibrando en una caricia de vaivén que corre por la sala entre exclamaciones ahogadas y risas de salvoconducto, y después la boca avanza, en la lengua busca el borde de los dedos, la bruja recibe y bebe el licor de la negación, se vuelca hacia atrás hasta barrer el suelo con el estropeo de su pelo, escuche y suplica, el primer interminable gemido nace de todo su cuerpo que se

abandona al bautismo de un asco que es adoración y sometimiento. Ahora puede empezar la danza de la cópula, la bruja se adelanta al borde de la escena y su cuerpo que conoció el arte de mostrarse hasta un límite que jamás transgredió Valentina o los empresarios de los cabarets, va a ser poseído por la mirada de un público que se resiste a creerlo, que oscuramente teme esa delegación de poderes que lo vuelve él, que le da el derecho supremo de cosificar a su total voluntad una de las mujeres más hermosas de este tiempo. El público es ahora el Diabli; y no cualquiera asume esa potencia, mira de frente lo que él está mirando y poseyendo.

Tampoco yo preiendo haberlo visto, sé que sentí la ruptura primordial, lo que diferencia para siempre a Valentina de Rita Renoir, porque las imágenes más osadas de Valentina son inevitablemente dibujadas y vistas por un mirón del establishment que vela y protege la ciudad, atento al límite más allá del cual la transgresión haría volar los fundamentos judeocristianos y su seguimiento a la moral vestida de traveler's check, de casamiento por riglar. Sé que tuvo miedo, que me replegué como se replegaba expectante la bruja, y que en el segundo mismo en que mis vecinos de platea optaban por asistir al más osado de los strip-teases sin el mínimo protector trasiego de la vagina, quiero decir sin el mínimo protector de los ojos de la ciudad, yo sentí el ultraje delibado, la hermosura vestida de horror, la mostración en plena podredumbre de una pureza insoportablemente alienada, fuera de nosotros, de toda sed y de toda esperanza. Comprenderlo fue virar desde lo más lejano y lo más hondo, sentir la martrir en la bruja, ver en Rita Renoir a Magdalena describiéndose como acaso Magdalena se describió tendida a los pies de un rabí que le acariciaba los cabellos, la excentración, el salto brutal a un encuentro y una reconciliación con lo que una historia aberrante separó y polarizó desde tanto concilio, tanta pipa de calatos, tanta tortura entre salmodias y antifonarios, tanta cachiporra cayendo en nombre de la ley so-

bre cabezas jóvenes flameando a un viento de repulsa. No juego con las cosas, Guido Crepax sabe que no le está dado extremar a Valentina, que su último término es ese escorzo que sugiere sin mostrar, que deja a la imaginación lo que la línea no osaría, y si la imaginación opera sus gestos satisfactorios y cualquiera puede participar de las infinitas violaciones de Valentina sin que el dibujo las describa, también sé, como lo sabe el mirón imaginativo, que la ley del juego se cumple una vez más ad major Dei gloriam, que la buena conciencia puede masturbarse y gozar desde el sillón occidental sin derogar el estatuto de la ciudad, el derecho a amonestar a los hilos que amarga y totalmente ceden a la droga o a las sectas narcisistas como fuga y refugio, el Katmandú de King's Road o Saint-Germain-des-Prés o Greenwich Village, de espaldas a la muerte cibernética.

Lo que sígue sólo tiene sentido desde Magdalena, desde lo que otros llamarán pornografía, un martirio agresivo que hace trizas las convenciones más aferradas al sistema, la joven bruja daría la espalda al diablo, al público (uso dos palabras del teclado), se agachará hasta tocar el suelo para ofrecer la que es ese deseo que el más escorrido de un aparato genital y excretor que las manos de la bruja volverán todavía más visible cuando al término de ese lento minuto petrificado por una transgresión total, aparte las apretadas nalgas para no vedar ni un solo milímetro de piel, ni un solo vello a la mirada del que invisiblemente va a tomarlo al mar de ojos que su propio mirar está despreciando desde la ojiva de sus muslos, desde la lengua que se asoma en algo que es maldición y llamado simultáneos. Oponiéndose al erizo todo pinchos afuera, Rita Renoir cie-



rra su esfera ofreciendo al rayo enemigo sus mucosas más sensibles, el doble vulnerable ingreso en el recinto falsamente protegido por los códigos. Ya ves, Heinz von Cramer, cómo el erotismo de tu biblioteca que es la nuestra se viene abajo en una lenta lluvia de polillas frente a un gesto tras del cual todo debería ser pensado y vivido de otro modo, porque lo que estamos viendo no es erótico y sólo podría serlo para masturbadores y funcionarios de carrera; en ese tablado hay un signo, ese atroz nihilismo abre una de las muchas puertas de la revolución por venir. El hombre, sí, viejo emblema del fénix alzándose sobre las cenizas de un error de veinte siglos; pero ya no otro fénix sino un ave diferente, otra manera de mirarse, otro camino al orgasmo y al verbo, otra edificación del socialismo del cuerpo liberado, sin la culpa, Heinz, sin la culpa. Porque ves, por algo hablé de preadimonismo, lo que estamos viendo sólo puede ser obsceno después de la Falta, y pongo la mayúscula como quien escupe en la cara de la historia, cualquiera sabe que lo que estamos viendo no tiene nada de nuevo, ocurre en toda alcoba feliz, entre toda pareja enamorada, qué mujer o qué hombre no ofrece su entero cuerpo al juego de los nueve orificios que ensalzan los textos indios, de los cinco sentidos que bañan y ceden en el mapa de la piel y los olores y los gustos y las quejas del delirio. Pero su evocación pública, oh tímida Valentina siempre al borde de cualquier cosa, siempre más acá o más allá, vuelve irrisorio el juego, obscenidad a veinte dólares, pornografía de trastienda, sex shop de la ciudad. Rita Renoir lo sabe, ella que conoce la galería del teatro con un texto donde reniega de un país que la volvió objeto sexual de sobremesa, ella que denuncia un erotismo incapaz de integrarse en la existencia, acorralado entre sábanas y puertas cerradas. Haría del strip-tease convencional, de la falsa libertad de los Hair y los Oh Calcutta y los happenings y las Valentinas de la escena o la publicidad, opta por mirar lo que sígue, franquea el límite aparente de lo erótico por lo obsceno sabiendo que ese pasaje contra toda conven-

ción equivale para ella y ojalá para otros a la abolición del límite, a la denuncia de su mentira más profunda. Nadie que haya sentido así lo que ocurre en el Théâtre de Plaisance lo llamará erotismo porque sería lenigar en más hondo sacrificio de la joven bruja; lo que Rita Renoir está mostrando cuando cada poro de su cuerpo sexualmente suplicado y colmado se ofrece a la libidinosis del mal, es una pureza que pudo salvarnos de una humanidad cada día menos humana, no la pureza inocente de la yegua que se abre al garrañón bajo la mirada de quien pase, sino la pureza conscientemente definida y anhelada por lo que puede quedarnos de oscura memoria edénica, de nostalgia ancestral; una pureza que todo revolucionario debería atimir al catálogo de la liberación humana, a la previa infraestructura indispensable para volver a empezar sin perder lo ya ganado. La joven bruja va hasta lo más insoportable para abolir el tranquilizador equívoco, y hace del escenario un sillón genealógico; de sobra sabe las ambivalencias del terreno, la incomodidad de la inteligencia en un dominio que nace de pulsiones no legítimas, otra dialéctica debería nacer desde ese vértice, desde ese vórtice, o su

martirio delirante volverá a perderse en el turbio decálogo del hábito. Rita Renoir no propone su cuerpo crucificado y empalado como escapismo cultural hacia un edén de buen salvaje o de comunidad escandinava en ruptura con la ciudad; si algo nos dice es que después de asumir el emblema, la cruz de ese cuerpo martirizado por la mirada del hombre viejo, infinitamente más diabólica que el fallo del demonio que la posee y la desgarró, lo único que queda por hacer si hemos comprendido, si algo de ese hombre viejo ha sido aniquilado, es volver a vestir ese cuerpo que es nuestro cuerpo y todos los cuerpos, y aprender a amarlo de nuevo desde otro inicio, desde otra libido, desde otro sistema de la sangre y los valores; el legítimo erotismo que emana de ese admirable ejemplo empieza después, cuando hemos dejado de ver a Rita Renoir, cuando seguimos viviendo fuera del teatro. No me gusta la palabra catarsis y sin embargo la escribo aquí sin más contexto, porque creo que es obvio. No me gusta el elogio fácil, digo solamente que desde hace dos noches tengo por Rita Renoir el respeto que no siempre tengo por tantas mujeres vestidas de la cabeza a los pies.